

El autor, adopta una postura revisionista.  
 Propone diálogo con quien disienta con sus opiniones.  
 Supone que alguien rescatará a Don Domingo Faustino.  
 Manifiesta no tener enconos personales,  
 mientras subraya que Rosario, su ciudad natal,  
 fue declarada capital federal por una ley del congreso que vetó el presidente Sarmiento.  
 Corresponde contextualizar acciones y justificaciones  
 con la época en que sucedieron,  
 sin olvidar consideraciones correspondientes a alfabetización y cultura,  
 hoy todavía válidas, aunque no resueltas.  
 Sobran defensas carentes de argumentos de tradicionalistas dogmáticos  
 y descalificaciones infundada de revisionistas privadas de sostén razonable.  
 Karl Popper aseguraba que  
 “...lo que hace al hombre de Ciencia  
 no es la posesión del conocimiento de la verdad irrefutable,  
 sino la indagación de la verdad persistente y temerariamente crítica”.  
 Probablemente, cuanto menos bronce queden en los íconos,  
 más creíble sea su ejemplo en las conductas por imitar.  
 Reflexionar, nunca es en vano.



## El error sarmientino

*Pablo Yurman*

*Abogado, Profesor Adjunto de la Cátedra de Historia Constitucional Argentina,  
 Facultad de Derecho, Universidad Nacional de Rosario.*

Domingo Faustino Sarmiento hizo, como político, lo que pocos políticos han hecho. Dotado de una franqueza inigualable, tuvo acaso el mérito de dejar por escrito sus pensamientos sobre los más variados temas. Escritos que, por cierto, no lo dejan muy bien parado y que en temáticas sensibles, darían hoy lugar a la apertura de una decena de sumarios ante el Inadi.

Así, y para dar sólo algunos ejemplos, podemos citarlo cuando proporciona su concepto de pueblo: “Cuando decimos el pueblo, entendemos los ciudadanos notables, activos, inteligentes, la misma clase gobernante desde 1810 hasta 1831, y desde 1851 hasta el presente.”<sup>1</sup> Notable el piropo que el sanjuanino le dedica, tácitamente, al interregno popular en el que el federalismo gobernó el país de la mano de Juan Manuel de Rosas. O cuando en carta a Domingo de Oro le confiesa la abierta práctica del fraude en las elecciones de 1857

diciendo: “Nuestra base de operaciones ha consistido en la audacia y el terror que hábilmente empleados han dado este resultado admirable e inesperado. Establecimos en varios puntos depósitos de armas y municiones, pusimos en cada parroquia cantones con gente armada, encarcelamos como a unos veinte extranjeros ... El miedo es una enfermedad endémica en este pueblo; ésta es la gran palanca con que siempre se gobernará a los porteños, manejada hábilmente producirá infaliblemente los mejores resultados.”<sup>2</sup>

Asimismo, destaca su empobrecido concepto de la Constitución cuando expresa: “Ahora, una constitución no es la regla de conducta pública para todos los hombres. La constitución de las masas populares son las leyes ordinarias, los jueces que las aplican y la policía de seguridad. Son las clases educadas las que necesitan una constitución que asegure las libertades de acción y

de pensamiento: la prensa, la tribuna y la propiedad.”<sup>3</sup>

### LA “EDUCACIÓN” SARMIENTINA

Pero acaso es en materia educativa el campo en el que Sarmiento cometería un error vinculado con la matriz del sistema educativo adoptado para nuestro país, error que continúa prácticamente sin atenuantes hasta nuestros días. Para fortuna de quienes fuimos sus alumnos en el colegio secundario, el profesor Luis D’Aloisio no era seguidor del sanjuanino en cuestiones pedagógicas; digamos que más bien era todo lo contrario. Quizás por ese motivo insistía metódicamente en sus clases en distinguir dos cosas que el “Maestro de América”, y la intelectualidad argentina que le rinde pleitesía cada 11 de septiembre, aquella que Arturo Jauretche designaba como “Intelligentzia” como sinónimo de intelectualidad desarraigada que piensa el país con patrones importados, malinterpretaron como sinónimos: erudición, repetía el profesor, no significa cultura. Cultura es el cultivo de los valores que hacen a la vida virtuosa de las personas y los pueblos. Y para ser culto, como lo era el Martín Fierro, no hace falta la escolarización. Es más, en ocasiones, la escolarización puede llegar a limar valores universalmente aceptados y, bajo la capa del “progreso”, sustituirlos por otros, funcionales a otros intereses. En cambio, erudición, o instrucción, es el simple acopio de conocimientos sobre algo.

Hay gente culta, como la mayoría de nuestros antepasados inmigrantes que, pese a ser en su gran mayoría analfabetos, se tomaban muy en serio, precisamente por ser cultos, el respeto, la vivencia cotidiana y, fundamentalmente, el traspaso generacional de ciertos valores que se sabían de vital trascendencia para el futuro de una sociedad: el respeto por los mayores, la dignidad del trabajo honesto, el valor de la palabra empeñada, el desapego por banalidades materialistas la defensa y protección del débil, la lucha por la justicia, entre muchos otros.

En cambio, puede haber gente alfabetizada, con posgrado universitario, y sin embargo, profundamente inculta, por no haber recibido esos mismos valores y virtudes, o no haber sabido transmitirlos a otros. Esto lo vemos a diario, quizás sin percibirlo. La hidalguía de un albañil que con toda solemnidad se descubre la cabeza ante el paso de un cortejo fúnebre, demuestra que esa persona es culta, lo que puede contrastar con la actitud guaranga e irrespetuosa de quien conduce, por caso, un auto de alta gama, que lo pinta de cuerpo entero como un alfabetizado, pero inculto.

¿Acaso hay que optar entre cultos pero analfabetos, por un lado, y eruditos incultos, por el otro? Definitivamente no. Lo ideal es que cada persona sea, a la vez, culta y erudita.

### CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

La confusión precedente, se completó en Sarmiento con una definición que obraría como su necesario

complemento en materia educativa. Arturo Jauretche lo expresa así: “Para Sarmiento, la cultura que tenía en la raíz (la propia del país), fue incultura en cuanto no coincidía con lo nuevo (las ideas importadas). Ocurrió aquí lo inverso que entre los griegos, para los cuales lo bárbaro era lo exótico a la Hélade, y lo culto lo propio. Esta es la raíz del dilema sarmientino de ‘civilización’ o ‘barbarie’ que sigue rigiendo a la ‘intelligentzia’. Se confundió civilización con cultura, como en la escuela se sigue confundiendo instrucción con educación. La idea no fue desarrollar América según América, incorporando los elementos de la civilización moderna; enriquecer la cultura propia con el aporte externo asimilado, como quien abona el terreno donde crece el árbol. Se intentó crear Europa en América transplantando el árbol y destruyendo al indígena que podía ser obstáculo al mismo para su crecimiento según Europa, y no según América.”<sup>4</sup>

Razón no le faltaba a Jauretche en cuanto a que el modelo implementado por el “Padre del aula” necesitaba, para consumir el plagio educativo, incluso de maestras importadas de Norteamérica, que formarían a otras oleadas de docentes en modelos también importados. Esta crítica no refiere a la persona de cada uno de los maestros y maestras que abnegadamente se abocarían sucesivamente a la formación intelectual de las futuras generaciones de argentinos, incluso en las condiciones más adversas. Es sí una crítica a un sistema que intentando transplantar Europa a América partía de la premisa estrambótica de que lo propio era lo bárbaro y lo importado era lo civilizado, sin admitir prueba en contrario. Pero el plan inmigratorio no salió como lo habían pergeñado algunos. Son conocidas las diatribas del cuyano al ver que la inmigración que venía a regar con su sudor este gran país no procedía, como lo había vaticinado Juan Bautista Alberdi, del norte de Europa, sino que lo hacía mayoritariamente del mundo mediterráneo.

Acaso sea el momento de reformular las prioridades en materia educativa, que en el caso de un modelo del siglo XIX, no carecen además de la urgencia del caso. Es positivo el avance tecnológico que en esta temática se ha producido en los últimos tiempos; pero si se sigue insistiendo sólo en instrucción y no en cultura, podrán lograrse índices de alfabetización decorosos, lo que no asegura, por cierto, un pueblo culto, y por ende, felizmente realizado.

### BIBLIOGRAFÍA

1. Petrocelli, Héctor, “Sarmiento: el mito y la verdad”, pág. 22.
2. Op. cit. Pág. 25.
3. Op. cit. Pág. 28.
4. Jauretche, Arturo, “Los profetas del odio”, pág. 149